



Recurso de predicación para el Domingo Mundial del Matrimonio – 11 de febrero de 2024

VI Domingo Ordinario

Levítico 13, 1-2. 44-46

Salmo Responsorial 31, 1-2. 5. 11

1 Corintios 10, 31–11, 1

Marcos, 1, 40-45

En el Evangelio de Marcos, el encuentro entre Jesús y un hombre con lepra nos recuerda el poder sanador del amor. Es fácil pasar por alto este hermoso aspecto del amor. El amor sana, cura, repara y restaura lo que ha sido roto o herido. Lo más importante es que a través del amor de Jesús, ¡somos salvos!

Cuando Jesús comenzó su ministerio público, la señal visible de que Jesús era el mesías fueron sus milagros de curación. Devolvió la vista a los ciegos, el oído a los sordos y curó a los enfermos. Liberó a las personas de los tormentos espirituales y resucitó a los muertos. Lo más importante es que reconcilió a los pecadores mediante su comprensión y perdón. Su amor devolvió la plenitud a las personas a través de su contacto y sus palabras reconfortantes.

En el evangelio, tenemos a Jesús encontrándose con un pobre leproso que le ruega con profunda fe que lo cure. *“Si tú quieres, puedes curarme”*. La respuesta de Jesús, conmovido por la súplica del leproso, fue: *“¡Sí quiero: Sana!”* Jesús lo tocó y el hombre quedó sanado al instante.

Podría parecer extraño que, a pesar de la advertencia de Jesús, *“No se lo cuentes a nadie”*, él que era leproso comenzó descaradamente a dar testimonio públicamente cómo Jesús lo había curado. ¿Por qué hizo esto? La respuesta es sencilla. El hombre no pudo contener sus tremendos sentimientos de alegría. Fue curado. Él no iba a morir.

A diferencia del evangelio, en la primera lectura del Levítico, Moisés indica lo que se debe hacer si una persona contrae la enfermedad debilitante de la lepra. Si se le diagnosticaba la enfermedad, inmediatamente el leproso debía separarse del resto de la comunidad, *“vivirá solo, fuera del campamento”* para minimizar el riesgo de transmitir la enfermedad a otras personas. Al leproso se le ordenó advertir a la gente que se mantuviera alejada si se acercaban demasiado, *“e irá gritando: ‘¡Estoy contaminado! ¡Soy impuro!’”*

Las dos lecturas ofrecen un marcado contraste entre la desesperanza de la difícil situación de cualquier persona con lepra en el Antiguo Testamento y la esperanza dada al leproso a través de su encuentro con Cristo.

Como muestra el ejemplo del leproso sanado, algo profundo sucede, algo que cambia la vida, cuando una persona experimenta el amor sanador de Jesucristo. La persona siente una novedad, una plenitud, una sensación de paz. La generosidad del amor de Cristo brota en nuestro interior hasta que el corazón rebosa de agradecimiento. Como dice el Papa Francisco: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”.¹ Después de que las personas han encontrado a Jesús, quieren compartir la alegría del amor que han recibido—su vida cambia.

Como testimonio al mundo de que Jesucristo es el amor de Dios hecho visible, que su amor salvador es real, el testimonio de cómo vivimos es la prueba más potente y concreta. Las palabras atribuidas a San Francisco de Asís suenan ciertas: “Anuncien el evangelio. Si es necesario, utilicen palabras”.

La gente necesita sentir y ver en nosotros el amor de Cristo en nuestras obras de perdón, paciencia, comprensión, magnanimidad, generosidad y bondad.

Como el escritor espiritual Hans von Balthasar tituló uno de sus libros, “Sólo el amor es digno de fe”², el amor tiene que ser percibido, demostrado y vivido. Cuando el amor se muestra más allá de las palabras, es convincente. Todo lo demás son sólo palabras piadosas.

Somos “convocados por el amor”, como discípulos de Jesús, a amar día tras día.³ En su carta a los Corintios, San Pablo nos animó: “Sean, pues, imitadores míos, como yo lo soy de Cristo”. En otras palabras, para el cristiano, vivir es amar, y amar es morir, una y otra vez, imitando a Cristo. Al final, hasta la eternidad, sólo importa el amor.

San Juan Pablo II, en su exhortación apostólica *Familiaris Consortio - Sobre la familia*, se refirió al llamado divino al amor cuando dijo:

Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia *por amor*, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor*. ... El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano.⁴

En su exhortación apostólica *Christifideles Laici - sobre la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, San Juan Pablo II explicó que cada cristiano debe llevar la esperanza del amor sanador de Cristo al mundo.

En este anuncio y en este testimonio los fieles laicos tienen un puesto original e irremplazable: por medio de ellos la Iglesia de Cristo está presente en los más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y de amor.⁵

¹ Francisco, *Evangelii Gaudium*. Ciudad del Vaticano. Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, 2013, n. 1.

² Hans Urs Von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*. Salamanca: Ediciones Sígueme, S. A., 2018.

³ Carlo Carretto, *Summoned by Love*. New York: Orbis Books, 1978.

⁴ Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*. Ciudad del Vaticano. Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, 1981, n. 11.

⁵ Juan Pablo II, *Christifideles Laici*. Ciudad del Vaticano. Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, 1988, n. 7.



En su carta encíclica *Deus Caritas Est - Dios es amor*, el Papa Benedicto XVI comenzó su reflexión con estas palabras sencillas:

Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana...⁶

El desafío de todo cristiano es saber qué hacer cuando se encuentra en situaciones sin amor.

El gran místico español y doctor de la Iglesia, San Juan de la Cruz, ofrece algunos sabios consejos: “Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor”.

Hoy, en el *Domingo Mundial del Matrimonio*, celebramos con alegría un amor más allá de las palabras compartido entre esposo y esposa en la alianza matrimonial. Oramos por todas las parejas casadas llamadas a ser imitadores del amor sacrificial de Cristo en el mundo. Que sus matrimonios sean brillantes rayos de esperanza para sus familiares y amigos, recordatorios vivos del amor de Jesús mientras crean hogares acogedores, fuentes de hospitalidad donde se comparte y se siente la calidez del amor de Jesús.

Una de las bendiciones del matrimonio es el don de tener hijos. Los padres son los primeros maestros de sus hijos, especialmente en el camino del amor. Cuando el amor se comparte abundantemente en una familia, la familia se convierte en una escuela de amor, especialmente para los niños que ven a sus padres amarse con cada gesto y expresión de entregarse uno al otro. Los niños notan cada abrazo, beso, sacrificio y mirada amorosa. Que los padres se esfuercen por reflejar el tierno amor de Cristo ante sus hijos.

La curación del leproso por parte de Jesús es un hermoso ejemplo para nosotros. El amor de Jesús sana. Sólo su tremendo amor puede salvarnos y liberarnos. Como el leproso, debemos arrodillarnos con fe y rogarle a Jesús, el Divino Médico, que entre donde necesitamos sanación o estamos atados por el pecado, que entre en los matrimonios que están sufriendo, para sanar por Su amor a nuestras familias de cualquier división, ira o resentimiento, para reparar cada corazón humano y para vendar las heridas de la familia humana en todo el mundo con su amor sanador y salvífico.

Como el salmista, oramos: “Tú me has perdonado... Alégrese con el Señor y regocíjense los justos todos”. Pon tu mano sobre nosotros y que el mundo se desborde de tu amor sanador. Amén.

Puntos de resumen

- El encuentro entre Jesús y el leproso nos recuerda el poder sanador del amor
- Los milagros de curación de Jesús fueron evidencia de que él era el mesías
- Cuando el leproso pide la curación, Jesús lo sana
- Lleno de alegría, el leproso anuncia su curación
- La lepra en el Antiguo Testamento era causa de completa separación de la comunidad
- No había esperanza para un leproso

⁶ Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005, n. 1.

- El Evangelio de Marcos y la lectura de Levítico ofrecen un marcado contraste entre la desesperanza y la esperanza experimentada a través del amor sanador de Jesús
- Una experiencia de encuentro con el amor de Jesús cambia a la persona
- Nuestro testimonio del amor sanador de Jesús da prueba concreta al mundo de que su amor es real
- La gente necesita ver y sentir el amor de Cristo en nosotros Hans Urs Von Balthasar, “Sólo el amor es digno de fe”
- San Juan Pablo II: El amor es la vocación de todo ser humano.
- San Juan Pablo II: Nuestro testimonio es “signo y fuente de esperanza y de amor”.
- Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16)
- San Juan de la Cruz: “Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor”.
- El amor conyugal es un símbolo del amor sacrificial de Cristo, un faro de esperanza
- Los padres son los primeros maestros de sus hijos, y reflejo del tierno amor de Cristo
- La curación del leproso por parte de Jesús es un hermoso ejemplo para nosotros del tierno amor de Jesús
- Acudimos a ti, Señor, pon tu mano sanadora sobre nosotros. Llena el mundo de tu amor sanador.